



¿CUÁNDO ESTAREMOS TODOS JUNTOS?

Luisa Fernanda Zapata Jaramillo¹



Esta pregunta me la hacen repetidas veces mis pequeños estudiantes cuando con el propósito de ampliar alguna explicación, les comparto las experiencias que he tenido con sus otros compañeros que asisten en días contrarios a los de ellos. Mis estudiantes me miran anhelando encontrar como en otras ocasiones la respuesta que solo su teacher les puede dar. Es allí, ante esta pregunta, cuando todos aquellos conocimientos y títulos académicos obtenidos se desvanecen ante mis ojos y sólo me queda suspirar y acudir a mis emociones de empatía, asertividad (que ellos me producen con gran facilidad) y eso sí, a mi mejor sonrisa para decirles: –Aún no sabemos... pero sé que será pronto–.

La emoción que encierra esta respuesta me ha llevado a pensar y a repensar mi papel de maestra en este proceso, pensar en que creemos que prepararnos para acompañar procesos de aprendizaje se basa sólo en devorar literatura sobre pedagogía, metódicas, modelos de enseñanza y aprendizaje, criterios de valoración, currículo, estándares, competencias, la difícil evaluación, entre otros elementos “importantes” que rodean nuestra formación; y dejamos de lado ésto que hasta hoy se desvela de manera irrefutable y es la importancia de las “emociones” que el hecho de convivir juntos nos genera. Esas emociones que solo en la socialización entre pares y en el espacio del aula se dan de manera natural y genuina, constituyendo una verdadera motivación para aprender y una posibilidad del aprendizaje mismo.

¹ Docente de básica primaria I.E Marco Tobón Mejía en el grado tercero. E-mail: luisa.zapata@iemarcotobon.edu.co



Entiendo que es imposible desmarcar la conexión entre lo afectivo y lo cultural con los procesos de conocimiento y aprendizaje, seguro lo leí en las teorías de aprendizaje socio cultural o aprendizaje cooperativo y colaborativo, pero ahora soy más consciente de ello al entender que el potencial socializador del aula tiene impacto directo en el proceso de edificación del ser humano: estudiantes y maestros.

Los verdaderos aprendizajes siempre estarán marcados por la emoción y no por la memoria de datos, porque los datos son palabras y las palabras se las lleva el viento; pero las emociones son energía en movimiento que se almacena en el alma de quien aprende y para siempre: todos olvidamos con facilidad aquello que nos dicen, pero nadie olvidará cómo se sintió. Mis estudiantes y yo nos sentimos en familia y hoy extrañamos el vivir de nuevo nuestro encuentro familiar. Pero es verdad que "nadie sabe lo que tiene hasta el día que lo pierde" ¿Cuándo estaremos todos juntos?

Las familias se han implicado como nunca antes en el proceso escolar, se han involucrado de manera excepcional en la formación de los niños y hacen lo mejor que pueden con la información que tienen, pero nada puede reemplazar el papel del encuentro en el aula, la oportunidad de aprender y desaprender con sus pares, el poder que tiene este lugar como ese espacio para los procesos cognitivos que parten de la emoción a la racionalización y que indefectiblemente solo se dan en la interacción social presencial con amigos y profesores en ese pequeño pero dinámico mundo llamado "la escuela".

Creo que la situación actual nos tiene que hacer recapacitar sobre el papel de la escuela y sobre nuestro rol en la educación para la vida de aquellos que llegan a nuestras aulas, considerar una educación que vaya más allá de contenidos, temas y exámenes y que más bien propenda por trabajar de manera conjunta en el manejo de las emociones desde y en la familia. Hacer énfasis en habilidades para el manejo de la información más no en la memorización automática de la misma, la formación de



seres humanos autónomos, empáticos, resilientes, disciplinados, responsables con el medio ambiente y con un gran sentido de "unidad" en esta globalizada vida moderna.

La experiencia de tener que dividir "mi familia" (mi grupo de estudiantes) en dos subgrupos para acompañarlos en su proceso de aprendizaje, me ha hecho valorar sus relaciones de amistad, de empatía y de unidad, me ha dejado ver esos hilos que se han tejido a pesar de la distancia, y me hacen valorar profundamente sus esfuerzos individuales por aprender y continuar ahí tratando de sentirse "un grupo, una familia". Conocer sus emociones me hace valorar su ser desde lo humano y por eso, para mí en este momento es una de las principales cosas que se debe apreciar. Pasaron a segundo plano esos elementos académicos que tanta importancia tuvieron desde el inicio de mi labor como maestra.

He sido una maestra de formación y apertura hacia el papel de las tecnologías como mediadoras del proceso de enseñanza y aprendizaje, quisiera que las realidades sociales y económicas de mis estudiantes fueran favorables para afrontar de la mano de la tecnología este reto que tenemos en la actualidad, deleitarme permitiendo que así fuera a través de una pantalla, se volvieran a encontrar "todos", unos en el aula y otros en sus casas, y hacer desde lo psicopedagógico un uso adecuado de la tecnología para favorecer su aprendizaje, su socialización, aumentar la motivación y conseguir una implicación eficaz de los niños, las niñas y sus familias en el proceso formativo, pero mi realidad es otra y con un poco de frustración la acepto y hago con mucho amor lo que creo que es mejor para todos. ¿Cuándo estaremos todos juntos? En realidad, no sé si será pronto, pero espero al igual que mis estudiantes que así sea.